

Carta acerca de la autoevaluación, entre lo vital y la competencia

Ivannsan Zambrano G¹

Estimado Carlos Mario Gonzáles, maestro

1- Profesor Universidad de Antioquia. Coordinador Colegio Historia, imágenes y concepciones de maestro. Integrante del Grupo Historia de la Práctica Pedagógica y de Pedagogía a la Calle.

Estas letras tienen que ver con la sentida vida, y llamo sentida vida al encuentro reflexionado entre vos y yo que es capaz de explorar y pensar la razón de estar vivos. En lo particular de esta carta, escribo estas letras para hacer homenaje festivo y alegre a nuestro diálogo, nuestras conversaciones. En uno de esos encuentros de palabras hablamos sobre la autoevaluación, te conté que me sentía contrariado, pues encontré información y fundamentación de la autoevaluación en un horizonte de autoeficacia, que relacioné con la competencia, el auto-empresariado y la cosificación capitalista y consumista de la vida, todo esto me disgustó y decidí hablarte, esto sinceramente para desahogarme, para escuchar otro punto de vista, y de alguna forma entender más lo que pienso de la autoevaluación.

En la conversación dijiste algunas cosas sobre la autoevaluación que expongo abajo. Inicialmente sostuviste que ella era un “...dar cuenta de sí mismo en función de las posibilidades contenidas en uno y el compromiso que uno ha tenido en la realización de dichas posibilidades”, también que, en eco de Freud, la autoevaluación para vos era una forma “de visibilizar si hemos estado a la altura de nuestras posibilidades”. Todo esto me dejó inquieto, pensando y sintiendo que era necesario aclarar de forma decisiva finalmente qué significa la autoevaluación, por lo menos para mí, toda vez que en mi ser maestro, y partiendo de una idea de educación cuya finalidad es la gradual soberanía de los individuos, su libertad, su emancipación respecto a la ignorancia, he confiado en ella desde hace años. Esto en un ejercicio fundamentado y estructurado a través del cual los estudiantes no solo se asignan una nota, sino que reflexionan profundamente el peso de la autoevaluación, su lugar en el devenir de la propia vida. Espero mostrarte en otro escrito los resultados y el cómo de este bello ejercicio.



Ahora, en los debates educativos modernos de lo que menos se habla es de hacernos cargo de nosotros mismos, gobernarnos, conocernos, al respecto recuerdo a [Nietzsche \(2019\)](#) en la Genealogía de la Moral, cuando sostiene: “...nosotros que conocemos somos desconocidos para nosotros mismos” (p. 21). Algo cercano pasa con la idea de autoevaluación en la escritura académica, allí no se encuentra mucha información de la autoevaluación por parte del estudiante –o del individuo que se juzga a sí mismo-, a primera vista aparece constantemente la autoevaluación docente, institucional, como si el hecho de “ser”... profesional autoriza dicha autoevaluación, y que ella es un deber de las instituciones como parte de la acreditación de sí mismas, de sus carreras y programas educativos.

Sin embargo, encontré un texto de [Ortiz Hernández \(2007\)](#) que inicialmente me emocionó: “La autoevaluación estudiantil, una práctica olvidada”. En esta reflexión pude leer sobre la autoevaluación y dar cuenta de aspectos que aún no consideraba, pero, difiero respecto a la orientación que se le da al concepto de autoevaluación, pues, para la autora se trata de un ejercicio de autoeficacia, de mejora en habilidades inscritas en el mundo de la competencia y los resultados, para ella y muchos otros la autoevaluación es reducida a la mejora de habilidades y procesos de aprendizaje, como si lo que estuviese en juego es el cómo estudiamos y no para qué. Me sentí ajeno a esta idea de autoevaluación en la que ahondaré más adelante. En esta vía me di a la tarea de formular algunas ideas iniciales que me permitiesen fundamentar aún más, el ejercicio de autoevaluación. Quiero compartirte públicamente estas ideas que son insumo para pensar este complejo desafío de la autoevaluación en nuestro momento presente, nuestra práctica pedagógica, y que pretende cimentar los pilares de una reflexión más amplia a la que vos y todos estamos convocados.

Profesor Carlos, pienso la autoevaluación como parte de un conocimiento y gobierno de sí mismo, una pregunta por lo que somos, lo que soy, el ser, y no como un diagnóstico sobre el saber hacer o producir. Coincido con vos en que la forma hegemónica de la autoevaluación actualmente, tiene que ver con la

competencia. Creo que cuando nos pensamos y evaluamos en este horizonte, nos vemos homologados a una fábrica de producción que cuantifica lo que somos, un modelo empresarial que simplifica y vacía las implicaciones, los cómo, porqué y para qué de la autoevaluación, que rentabiliza y cosifica la vida misma al considerarla un objeto a ser mejorado según criterios de producción y eficacia; la vida queda instrumentalizada y condenada.

Esta idea de autoevaluación sujeta a los ideales de la moral social, académica y empresarial hija del capitalismo, es muestra del triunfo auto-destructivo en que se funda gran parte de la humanidad hoy en día, pues somete al individuo a una reproducción de sí y de la sociedad según una lógica tanática, que desgasta la vida (vida siempre en competencia), que la aprisiona (tener para ser, por ejemplo, como bien señalaste, dinero; pagar con horas de trabajo horas de vida de un mañana que no llega, fama o búsqueda de reconocimiento y poder) y enferma, pues el criterio de vida, de buena vida es confuso e inalcanzable para las mayorías e incluso para las minorías que la ejercen y termina siendo un modo de disminución que sacrifica la vida mis-

ma. Si la autoevaluación que realiza un individuo sobre sí mismo tiene como filtro dichos ideales, éste no es más que un instrumento de cambio por parte de un sistema que lo explota, instrumento que responde a fines que no le corresponden y hacen uso de él y que en poco lo benefician, pues producen al sujeto a partir de saberes y discursos que lo desconocen, que limitan o cercenan su soberanía y la capacidad de producirse a sí mismo, de pensar y construir felicidad.

Así las cosas, y como te lo comentaba en nuestra conversación, me vi obligado a pensar qué es eso de la autoevaluación, pues, aunque tu idea inspirada en Freud, de que autoevaluarnos tiene que ver con hacer balance de si hemos estado a la altura de nuestras posibilidades, y eso de aquellas contenidas en nosotros mismos, me resultó reveladora. Sabes que he inclinado mi pensamiento a una cierta ontología que fundamenta mi existencia y a través de la cual me he posicionado en mi ser y hacer pedagógico. Una ontología que vibra en la inmanencia y que nos pide mirar hacia adentro, lo que somos, lo que estamos siendo, para saber qué podemos ser. En esta vía me resultó indispensable

escribirte, y en la escritura escribirme a mí mismo, apropiando y articulando tus ideas en mi ser, mi comprensión del mundo.

Lo primero que logré concluir después de pensar tus palabras era que la autoevaluación efectivamente estaba mal significada, que no podía ser esto de saber qué tan competente he sido o cómo puedo mejorar mis habilidades para competir mejor. Pensé en mi propia autoevaluación, y en eco de la filosofía antigua y mi vivencia del pensamiento de Baruch Spinoza, dimensioné este ejercicio como una práctica de sí, que indaga en torno a la vitalidad de mi ser, algo así como el grado de fuerza o potencia que tengo, que soy en un momento determinado, y que, en dicho diagnóstico, revela qué tanto he trabajado en mí mismo, y en esa medida de lo que soy o no capaz. Esta forma de concebir al individuo se sostiene en una ontología leída y significada por [Deleuze \(2008\)](#) en Spinoza, para quien el individuo es una relación de relaciones relacionándose, potencia y grado de potencia, en otras palabras, una fuerza ejercida en relación a otras fuerzas, cuyo objetivo central es la durabilidad: durar tanto como sea posible.

Sobre lo anterior, cuando pienso la autoevaluación, considero que efectivamente no se trata de un ejercicio que me lleva a mejorarme o cualificarme según una lógica de competencia, sino de revisarme, trabajarme y transformarme en el horizonte de lo vital, **de qué tan vital estoy siendo**. Profesor Carlos, todo lo existente responde a dicha vitalidad, y exceptuando lo humano, siempre está a la altura de ella. Una flor florecida nunca será menos que una flor ni más que esa flor, siempre está a la altura de sí misma y su florecer. En nuestro caso, depende según Spinoza de los géneros de conocimiento, es decir, y sin poder ahondar en ello por el momento, del pensar, saber pensar². Quien se piensa, se trabaja a sí mismo y se conoce, quien ejerce esa práctica de libertad que nombraba [Foucault \(2011\)](#), puede hacer de su vida una obra de arte, una expresión de vitalidad inmanente, estética, ética y política.

Por ahora, entiendo la vitalidad como la inmanente expresión adecuada de un cuerpo³, de un alguien respecto a sí mismo y los otros, respecto a la vida y sus infinitas expresiones. Ciertamente la ex-

presión es derecho y meta vital, que en lo humano representa en sí misma no solo ser la mejor versión de nosotros mismos, sino, el respeto, comprensión e integración con todo lo otro, lo no humano y sin embargo existente, expresivo.

Cada uno de nosotros es una expresión inclinada o convocada naturalmente a durar, vivir tanto como nos sea posible, claro, sujetos al azar de la vida misma, pero con la posibilidad de ser pilotos de nuestra existencia; oficio que las mayorías lamentablemente desconocen, y a precio de ello pagan con dolor, muerte y expresión apagada, pero quien pilotea su existencia da lugar a la creación y elección de situaciones y experiencias que aumentan, que permiten durar, ser y estar contento de sí mismo en el seno de su soberanía, autonomía y claridad reflexiva, todo esto es aumento, lo contrario disminución.

Somos expresión adecuada y vital cuando estamos a la altura de nuestra propia creación, resultado de la dura y desafiante lucha por conquistarnos, gobernarnos y auto producirnos. En este horizonte se ajusta y siento la frase de Sartre, cuando afirma “Un hombre es lo que hace con lo que hicieron de él”, pues en este hacer el individuo no es producto accidental de otros, fabricado y manipulado por otros, sino que es causa de sí mismo, atento y cuidadoso creador de sus propias ideas, y no reproductor de ideas confusas, apariencias y estereotipos. La expresión adecuada es aquella que responde a su propia causa, que es causa de sí, o para decirlo de otra manera, aquel individuo que se da forma a sí mismo, y que se explica a sí mismo en su potencia, es decir, que es consciente de ella.

Entonces, vida que se interpela a sí misma respecto a sus aumentos y disminuciones, que da cuenta de su potencia, que es fuerza vital, y en este

2. Al respecto: Zambrano Gutiérrez, Ivansan. Carta a vos mismo. Núm. 85 (2021): Revista Debates. Especial: Hablemos de verdad. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/347563>

3. Al respecto: Deleuze, G. (1975). Spinoza y el problema de la expresión. España. Muchnik Editores.

sendero capacidad de producirse a sí misma según posibilidades de existencia que la enaltecen y embellecen, haciéndola más expresiva, más vital. Vida que reafirma la festiva y sabia voluntad de vivir. La autoevaluación en esta perspectiva es una invitación a la pregunta por la existencia como eje nuclear, una sensible y profunda inquietud respecto a la vida vivida, y su complejidad. No son los resultados, es la apropiación, la articulación o para mejor decirlo, la vivencia y experimentación del conocimiento (que es el resultado de esa pregunta), su lugar activo en la gesta de la existencia.

No puedes decir que aprendiste algo sólo porqué puedas enunciarlo, explicarlo o reproducirlo en un discurso.

Se ha aprendido cuando lo has vivido, cuando lo has pasado por el cuerpo, la experiencia, experimentándolo, problematizándolo y pensándolo en la inmanente potencia de tu ser, en el régimen de los aumentos y disminuciones que determina tu devenir. Esto significa que ese saber atraviesa tu cotidianidad, tu sentir, tu ser, y es por eso que puedes explicarlo, exponerlo, pensarlo e incluso, solo de esta forma, considero, estás autorizado a hablar de él.

Quien se piensa, se trabaja a sí mismo y se conoce, quien ejerce esa práctica de libertad que nombraba Foucault (2011), puede hacer de su vida una obra de arte, una expresión de vitalidad inmanente, estética, ética y política.

Lo inadecuado es lo inexpresivo, lo que no es producto de sí mismo, aquello que se sostiene en ideas confusas, mutiladas y que tiene como resultado un patrón de mortal disminuciones, en el que podemos imaginar al individuo como un trozo de madera en el torrente del río, la vida... arrastrado, golpeado, zarandeado y lastimado, ciertamente condenado al accidente, a lo externo y sin otro fin que una disminución total: muerte fáctica que es muestra de su fracaso.

En la autoevaluación los resultados del balance siempre son provisorios, pues dan cuenta de una vida que se experimenta en aumento y disminución de potencia; potencia que se pone en juego a cada instante y que oscila en la intuitiva o reflexiva búsqueda de equilibrio por parte del individuo. En el fondo es cómo eso que se tiene, que se es en un momento determinado y sobre lo cual quien se autoevalúa reflexiona, responde al desafío de vivir según un criterio de durabilidad, sabedor de su inclinación y llamado al aumento y no a la disminución. No es una vida que se experimenta y deviene de cualquier manera, sino una vida que en el eje profundo de la pregunta por el vivir -por qué es la vida y cómo vivirla-, lleva a cabo un balance de su desempeño, y del valor, la pertinencia, la potencia y claridad de los conocimientos puestos a prueba.

En esta perspectiva, el individuo se analiza a sí mismo, se entiende como una suma de movimientos, de aumentos y disminuciones en relación a lo que ha hecho, hace y hará, sus acciones, pero también las ideas que alimentan dichas acciones, que nutren una determinada subjetividad. Ideas que en sí mismas pueden expresar claridad, sabiduría, y con eso aumento, o pueden ser confusas y mutiladas, instaladas en creencias y fantasías que disminuyen. En lo interno el individuo se pregunta ¿Qué tan clara es esta idea que fundamenta mi identidad? ¿Por qué la misma no es una muestra más de confusión...al final disminución? ¿Aquello que representa esta idea da pie a otras ideas inscritas en el régimen de los aumentos, la vitalidad?

Así las cosas, la autoevaluación es una manera de dar cuenta del estado de la propia potencia, del grado de ella; oscilación que debe o debería –si así se lo propone el individuo que vive sabiamente- tender y mostrar un patrón de aumentos y no disminuciones, pues es en la permanencia y recurrencia del aumento en que la vida de un individuo se vitaliza. Cuanto más aumento, hay mayor durabilidad, vivencia y disfrute de la existencia, esto producto de un constante y comprometido trabajo que el individuo lleva sobre sí mismo. Quienes llevan a cabo la autoevaluación en esta perspectiva, en el trabajo sobre sí mismos, en ese revisarse y pulirse como una forma de autoproducción, de delicada y sensible sublimación de la potencia que son, aman y buscan las cimas de la vida, lo alto en las montañas de la existencia, la expresión más pura y realizada de lo que somos.

No es que no haya lugar para la disminución, pues la idea de grado de potencia refiere a eso, a un sube y baja (grados de aumento, grados de disminución) en que se juega la vida, y que es inherente a ella, por supuesto, como se nombró

previamente, sin dejar de

lado la contingencia, el azar mismo de existir, que muchas veces escapa al mismo individuo... y es que nadie es completamente dueño de su vida. Lo que interesa al individuo que hace balance de su potencia, que la observa y analiza en el devenir del tiempo propio, es la construcción, elección, vivencia y reproducción reflexiva y sentida de aumentos, en oposición al ajeno, accidental y confuso patrón de disminuciones, como un barco a la deriva en el mar embravecido, sin control de sí mismo, solo a la espera del golpe final.

En la autoevaluación los resultados del balance siempre son provisorios, pues dan cuenta de una vida que se experimenta en aumento y disminución de potencia

La autoevaluación como práctica de sí, permite saber de qué he sido y no capaz, y según eso de qué podré ser capaz, pues en respuesta a esa pregunta, ese conocimiento de sí, es que logro considerar mis posibilidades, no solo imaginarlas, sino evaluar seriamente si puedo llevarlas a cabo, y estar a la altura de las mismas. Creo que, con esto, logro significar y entender, seguro con algunas diferencias, cuando afirmaste que “No se puede vivir más allá de las posibilidades de uno, de ser así uno revienta... pero tampoco se puede vivir por debajo de las posibilidades que uno tiene”.

Estimado Carlos, quien se autoevalúa ejerce la soberanía sobre sí mismo, pues toma conciencia de las relaciones de fuerza que se juegan en la propia fuerza que es y a lo que ella tiende, insisto, de cómo dichas fuerzas/ relaciones lo aumentan o disminuyen. El pensamiento es un esfuerzo para elegir entre esas fuerzas aquellas que realmente expresan vida y aquellas que la apagan. En este escenario, la libertad es ontológica e inmanente y se refugia en un criterio natural de vida, que significa que nada puede ser menos de lo que puede, y que puede ser más, siempre y cuando ese más no vaya en contra la vida misma, vida que en lo individual es potencia, o para decirlo de otra forma, resistencia.

Con esto profesor Carlos, esbozo las ideas centrales que alimentan y fundamentan lo que considero es la autoevaluación, lo que la constituye. En suma, una práctica de libertad. Dispongo estas letras para vos y para todos, como insumo para seguir pensando y ojalá, invitación a conversar y tal vez, a traer con fuerza el ejercicio evaluativo al aula, e incluso a la propia vida.

Referencias bibliográficas

Deleuze, G. (1975). Spinoza y el problema de la expresión. Muchnik Editores.

Deleuze, G. (2008). En medio de Spinoza (2nd ed.). Cactus Editorial.

Foucault, M. (2011). La hermenéutica del sujeto. Fondo de Cultura Económica.

Nietzsche, F. (2019). La genealogía de la moral (A. Sánchez Pascual, Trad.). Alianza. (Trabajo original publicado en 1972).

Ortiz Hernández, E. (2007). La autoevaluación estudiantil una práctica olvidada. Cuaderno de investigación en la educación, (22), 107-119.

Zambrano Gutiérrez, I. (2021). Carta a vos mismo. Revista Debates, (85), 62-69.
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/debates/article/view/347563>